

Diablotexto *Digital*



Afectividad y potencia política en la ficción ambiental. Emociones y procesamiento narrativo del conflicto climático

Affectivity and political power in Environmental fiction. Emotions and narrative processing of climate conflict

**FEDERICO LÓPEZ-TERRA
SWANSEA UNIVERSITY**

federico.lopez-terra@swansea.ac.uk
<http://orcid.org/0000-0003-1363-0821>

**Fecha de recepción: 3 de septiembre de 2024
Fecha de aceptación: 11 de noviembre de 2024**

Diablotexto Digital 16 (diciembre 2024), 60-85
<https://doi.org/10.7203/diablotexto.16.29576>
ISSN: 2530-2337



Licencia de reconocimiento de **Creative Commons** "Reconocimiento - No Comercial - Sin Obra Derivada"



Resumen: Este artículo explora la ficción climática y ecológica como una forma de ficción política, destacando su vinculación con el activismo climático en la visibilización y redistribución del conflicto ambiental, así como en la promoción de formas de politización, agencia y acción positiva. A partir de ejemplos de la narrativa en español del sur y norte globales, se analiza la potencia política de la afectividad en dos dimensiones complementarias pero contrastantes: como afectividad anclada, a través de recursos de referencialidad mimética que activan vínculos de cercanía afectiva, y como afectividad distribuida, mediante marcos textuales de sentido que movilizan distintas emociones desde la ficción. A partir del trinomio narración-afectividad-política, propondremos cómo la ficción climática puede incidir de manera constructiva en la lucha por la justicia climática y la transición ecosocial.

Palabras clave: literatura política; ficción climática; afectividad; emociones; marcos narrativos; activismo.

Abstract: This article explores climate and ecological fiction as a form of political fiction, highlighting its connection to climate activism in making environmental conflict visible and redistributing it, as well as promoting forms of politicisation, agency, and positive action. Drawing on examples from Spanish-language narratives from the Global South and North, the political power of affectivity is analysed in two complementary yet contrasting dimensions: as anchored affectivity, through mimetic referentiality that activates bonds of emotional closeness, and as distributed affectivity, using textual frameworks of meaning that mobilise different emotions through fiction. Based on the triad of narrative-affectivity-politics, we propose how climate fiction can contribute constructively to the fight for climate justice and the ecosocial transition. Based on the triad of narrative-affectivity-politics, we propose how climate fiction can contribute constructively to the fight for climate justice and the ecosocial transition.

Key words: political literature; climate fiction (cli-fi); affects; emotions; narrative frameworks; activism.



Introducción

La actual crisis ecosocial es una crisis histórica sin precedentes, de dimensiones inabarcables y probablemente el desafío más grande al que se haya enfrentado la humanidad en su conjunto. No es de sorprender que el procesamiento cognitivo, emocional, social, político de este fenómeno se presente como una tarea que excede los límites de lo humano (Morton, 2013). Esta dificultad trae aparejadas consecuencias psicosociales de gran calado, consecuencias que son también ecopolíticas. Entender el papel que desempeñan las emociones en esta crisis y cómo pueden articular relatos movilizadores —esto es, políticos— es uno de los objetivos de este trabajo. A continuación, articularemos la noción de ecología, con énfasis en la dimensión afectiva del espacio y su potencia política en la ficción climática contemporánea en español, en el entendido de que la lengua es el espacio afectivo por antonomasia.

Este “giro afectivo” (Ahmed, 2004; Clough, Halley, Kim, & Bianco, 2007; Gregg & Seigworth, 2010; Sezgin, 2024), ha llevado a muchas disciplinas, incluidas las ciencias “duras”, a comenzar a considerar el papel que desempeñan las emociones y la afectividad en la crisis climática y cómo pueden capitalizarse —antes que ignorarse— como aliadas para la ineludible transición ecosocial. Su potencia política, sin embargo, sigue siendo un área apenas explorada, en especial cuando hablamos de su articulación en el imaginario, en forma de relatos, y de su potencia transformadora y política en los discursos de ficción. El presente artículo se propone comenzar a poner remedio a esa ausencia con una contribución que articula narración ecológica de ficción (ecoficciones) y potencia política de las emociones como marcos de sentido, con ejemplos de epistemologías representativas del sur y norte global.

Literatura política: la política y lo político ante lo literario

La literatura política es aquella cuya intención primera es la de mostrar lo que no se ve, lo que los discursos dominantes ocultan, ignoran o desplazan a los márgenes. Ayete Gil (2023: 71) define la novela política como “[...] aquella que a través de la ficción desvela una o varias de las parcelas encubiertas por la lógica hegemónica y que, al hacerlo, entra en discusión con el régimen de



distribución y de visibilidad de lo comunitario”. Propondremos que este principio, que aquí se aplica a la novela, es igualmente válido para la narrativa ficcional en general.

Estos procesos de ocultación, distorsión o jerarquización suponen la creación de unos marcos de sentido que orientan nuestras vidas, pues nos proveen de modelos interpretativos predeterminados que, como tales, suelen presentarse como naturales antes que como constructos histórico-ideológicos orientados a fines específicos (Augé, 2023; Green, Strange, & Brock, 2002; Lakoff & Wehling, 2016). La ficción política será aquella que desnaturalice esa mediación y sea capaz de mostrar, dejando al descubierto los hilos de sutura, que otros modelos interpretativos —y, por ende, otras realidades— son posibles. Para ello es fundamental recordar que la relación entre literatura y política es una relación mediada y altamente compleja, pues la literatura no es un sistema de significación que opere de manera directa sobre la realidad según criterios de verdad, sino de (mayor o menor) verosimilitud (Badiou, 2004).

Cuando hablemos de “literatura” y de “política”, lo haremos aludiendo a estos conceptos en un sentido amplio. Para entender el concepto de “política”, distinguiremos entre “lo político” —ontología donde la distribución y circulación del poder articula el conflicto y el antagonismo inherentes a la vida en sociedad y donde se negocian y construyen las identidades colectivas— y “la política” —ámbito contingente y pragmático de gestión de lo colectivo¹—. Al hablar de “política”, pues, nos referiremos antes a lo político que a la política, es decir, hablaremos del lugar (discursivo) donde se articula el conflicto, conscientes de que las realizaciones puntuales (las obras de ficción específicas) pueden entenderse tanto en un sentido contingente y pragmático, o como espacio de lucha por la hegemonía.

Al hablar de la “literatura política” entenderemos que nos referimos a aquellos discursos artísticos-narrativos que se proponen articular el conflicto mediante distintas formas de referencialidad mimética. Visto que toda ficción diegética es en esencia la presentación, desarrollo y resolución de un conflicto, podría pensarse que toda narración es —tarde o temprano— política. Esta

¹ Para la distinción, ver Laclau & Mouffe (2001).
Diablotexto Digital 16 (diciembre 2024), 60-85
<https://doi.org/10.7203/diablotexto.16.29576> / ISSN: 2530-2337



estructura que le es inherente dota a la narración de *potencia* política, pues se trata de un dispositivo privilegiado para la articulación de lo político. Pero que el conflicto sea un elemento constitutivo y estructurante de la narrativa, no la hace política por defecto.

Por ello es importante diferenciar esta estructura del *contenido* y la *función* de lo literario. Uno de los principales problemas que se observan en los intentos de definición y clasificación de la denominada “literatura política” es precisamente la confusión entre función y contenido político². Para poder considerar una obra de arte como política no basta con contar el conflicto de modo referencial, pues esto no presupone necesariamente su función política. En la ficción narrativa o diegética, ese conflicto puede reflejarse en la trama como índice de esta función, pero la función política per se, eminentemente social, debe necesariamente producirse más allá. Propondremos entonces que para que una obra tenga función política, es necesario que la narración no solo *represente* (cuenta) un conflicto, sino que lo *presente* (genere) más allá del contenido ideacional. La literatura como sistema de representación propio tiene especificidades que le son inherentes; la primera, su ontología textual. Por consiguiente, el espacio del conflicto en lo literario es el propio texto como matriz de sentido antes que la trama como mera estructura argumental. Su función será, entonces, la de poner el sistema de representación en entredicho, tensionar los discursos establecidos y superar sus límites desafiándolos. Se propondrá presentar marcos de sentido alternativos en forma de pararrelatos (y metarrelatos) con el objetivo de —con mayor o menor fortuna— impugnar los esquemas interpretativos establecidos e institucionalizados; apblemáticos y despolitizadores.

De ello se deriva el último punto que nos interesa articular en esta breve introducción: el hecho de que lo político está completamente supeditado a su contexto. En tanto lo político atañe al conflicto social, este no puede ser nunca (solo) referencial pues no afecta al contenido ideacional de la obra o al contenido

² Para una descripción detallada de estos intentos clasificatorios, véase Ayete Gil (2023: 49-59). *Diablotexto Digital* 16 (diciembre 2024), 60-85
<https://doi.org/10.7203/diablotexto.16.29576> / ISSN: 2530-2337



interpersonal de la estructura de papeles de personajes, sino al valor contextual del *campo* discursivo de lo literario y al *tenor* de su función social³.

Por consiguiente, estaríamos en disposición de afirmar que la literatura política es aquella a la que le concierne lo político antes que la política, una literatura capaz de subvertir discursos establecidos —aunque pueda llegar a desarrollar su propio canon artístico o acabar incorporándose al canon con el tiempo— y que se propone operar sobre la realidad a partir del desafío a los marcos de sentido y formas de mostración o mediación que operan sobre la realidad, para avanzar en materia de subalternidad, desigualdad e inequidad.

Cierto es que nuestra noción de “literatura” puede ser considerada en cierto modo reduccionista en tanto nos referiremos aquí a formas de ficción narrativa —aunque a la vez incluimos en ella toda narración ficticia con independencia de su soporte escrito, visual o multimodal—. Este recorte no es arbitrario; la ficción supone una desviación de los relatos “reales” en el terreno de lo verosímil. Esto supondrá un tratamiento del tema oblicuo que entraña un procesamiento del contenido diferente y que nos interesa en particular aquí. De momento diremos que la principal dimensión política de la ficción narrativa radica no en su referencialidad sino en la discursividad y la potencia liberadora de los marcos de lo dado o “sensible”. Mientras que la condición narrativa es esencial en tanto permite articular el conflicto de manera referencial y estableciendo vínculos con la realidad, la función poética permite trabajar con estrategias de construcción de marcos de sentido alternativos según estructuras de papeles y de conflicto-desarrollo-resolución que son esenciales en la función política del relato. Una doble tensión que permite operar en direcciones opuestas a la vez; a favor y en contra de la realidad instituida, como manifestación discursiva del conflicto, por un lado, y mecanismo con potencial emancipador, por el otro.

El conflicto ambiental: la ficción climática como problema político

A continuación, nos propondremos analizar la dimensión política de la ficción ecológica o ficción climática. Para ello es importante entender cómo se articulan

³ Para una distinción funcional de la comunicación literaria, sus estrategias de referencialidad y función social, véase López-Terra (2015).



política y ecología en el imaginario cultural. ¿Existe una dimensión política de lo natural? ¿O es lo natural, en esencia, directamente opuesto a lo político? Y, de constatar la existencia de esta dimensión, ¿cuál o cuáles son los relatos hegemónicos y cuáles aquellos en pugna?

El tratamiento apolítico de la naturaleza puede entenderse como un esfuerzo por neutralizar el conflicto⁴. Este proceso permite disfrazar como económicas o técnicas decisiones que son profundamente políticas, facilitando su commodificación. Así, la naturaleza es reducida a un recurso subordinado al dominio humano, mientras los conflictos inherentes a su explotación, como las tensiones entre justicia ambiental y acumulación capitalista, permanecen ocultos, desplazando la soberanía política hacia sistemas de poder técnico-económicos. En el discurso contemporáneo persiste esta narrativa centrada en nociones de acumulación y crecimiento inherentes al capitalismo. No es de sorprender, pues, que este enfoque haya tendido a omitir el carácter político de la naturaleza en sus diversas formas de representación, incluida la ficción.

Desde un punto de vista semiótico, la naturaleza se interpreta como realidad no mediada; es lo presentado antes que realidad representable. En tanto existiría con independencia de cómo la narremos, su dimensión política es prácticamente nula. Con suerte presente como telón de fondo de los verdaderos conflictos sociales, al desproveer a la naturaleza de toda agencia, se la desplaza fuera de la estructura de papeles propia de una ontología antagónica como la inherente al conflicto político.

Desde un punto de vista discursivo, esto se traduce en relatos despolitizadores, en tanto la naturaleza carece de una integración verdadera en el universo de lo político, sea porque es completamente ajena, sea porque su rol es presentado o entendido de manera totalmente inagentiva —piénsese en la mayor parte del cine catástrofe—. Estas visiones de la naturaleza como una fuerza sin volición pretenden subrayar una irracionalidad no agentiva (en tanto escapa a la comprensión y control humanos) sobre la que construir relatos que refuerzan la idea de contraposición, antes que viabilizar una comprensión

⁴ Carl Schmitt (1932) ya se refería a los procesos de “neutralización” y “despolitización” como aquellos que desplazan el conflicto a otras esferas consideradas neutrales.



alternativa de formas de agencia no humana, material o distribuida (Latour & Porter, 2013, 2017; Malafouris & Knappett, 2008). Son visiones dicotómicas que suelen contribuir a relatos de corte ecofóbico o miedo irracional a lo natural (Estok & Christman, 2018) y que acaban por profundizar la brecha entre lo humano y lo más que humano.

Es en este sentido que el cambio climático puede entenderse como “el eclipse” de ese “viejo relato” basado en el individualismo, la separación, el dominio tecnológico, el progreso como crecimiento, y la superioridad del hombre sobre la naturaleza (Hulme, 2009). La crisis climática se presenta entonces como el gran relato disruptivo y punto de inflexión hacia otros que presentan un entendimiento alternativo basado en la colaboración, la integración, una concepción del progreso que entienda la necesidad del decrecimiento o poscrecimiento, y relaciones armónicas entre lo humano y lo más que humano (Hendersson & Wamsler, 2020). La propia noción de “clima” supone en sí misma un relato homogeneizador que ha servido como mecanismo privilegiado demarcador y de control de las sociedades al permitir anclarlas a un determinado territorio según regularidades predecibles (Hulme, 2022). No resulta sorprendente que la politización de este relato, es decir, su “desnaturalización”, avive una disputa por el control del mismo.

Esta transición se refleja claramente en la noción de Antropoceno, un concepto que se propone incorporar la acción humana sobre la naturaleza como huella geológica (Crutzen, 2006; Crutzen & Stoermer, 2000). Es decir, integrar una dimensión política, de ocupación del espacio y conflicto, al discurso científico sobre la naturaleza: lo político inscrito en la tierra⁵. Aunque el término no ha sido aceptado como categoría científica reconocida (Witze, 2024), su valor acontecimental y función como marco conceptual y narrativo son indiscutibles (Bonneuil & Fressoz, 2013).

⁵ No debería sorprender, por tanto, las constantes discusiones sobre su clasificación y datación, fundamentadas en diversos procesos y acontecimientos históricos de naturaleza política, que vinculan estrechamente el Antropoceno con el capitalismo como sistema de explotación. Quizás las propuestas más destacadas sean las nociones de Plantacionoceno o Capitaloceno. Tampoco resulta sorprendente el impacto que ha tenido como herramienta conceptual en las ciencias humanas.



Esta tensión y renegociación también puede verse en la ficción, que ha comenzado a hacerse eco de una de las crisis más profundas de la humanidad a través de formas narrativas que, de un modo u otro, asisten en el procesamiento y comprensión del fenómeno —lo que no equivale a decir que desafíen discursos dominantes, esto es, que sean narrativas políticas per se—. La explosión de narrativas distópicas y apocalípticas, por ejemplo, es un hecho patente y su efecto en nuestra capacidad de conceptualizar el futuro está bien documentada (Johnson, 2018; Skrimshire, 2010); parafraseando a Jameson, nos es más fácil comenzar a premeditar el fin del mundo que el fin del capitalismo. Muchas de estas narrativas escatológicas carecen de la capacidad para proponer relatos alternativos, sea porque no aluden directamente a causas antropogénicas —aunque en algunas puedan intuirse—, sea porque las presentan como un evento puntual que funciona únicamente como preámbulo sin ninguna continuidad narrativa, o porque se abandonan al pesimismo climático. Sin embargo, el tecno-optimismo presente en muchas otras narrativas —donde se plantean soluciones basadas en una producción más eficiente o intensiva, tecnologías medioambientales o incluso la geoingeniería— no implica necesariamente tampoco un desafío a las narrativas establecidas. Estas propuestas tienden a eludir una reflexión profunda sobre las causas del problema y a insistir en soluciones que perpetúan la misma lógica disociativa, extractivista y aproblematicadora del conflicto, característica del antiguo relato de progreso científico ilustrado (Pradanos, 2018).

Entonces, ¿cuáles son las ecoficciones que desafían la razón hegemónica exponiendo las neutralizaciones del imaginario dominante? Las humanidades ambientales vienen abordando estas cuestiones desde hace tiempo, al igual que los estudios culturales ambientales. Su enfoque se centra, por un lado, en evidenciar las estructuras de poder y regímenes de desigualdad e inequidad que sostienen la crisis climática y, por otro, en fomentar la difusión y promoción de imaginarios socialmente deseables y ecológicamente sostenibles (Huggan, 2019; Pradanos, 2023).

Una de las consecuencias más evidentes de la actual crisis ecosocial en este período transicional es la creciente conciencia de que la ecología es un



elemento eminentemente político, esto es, que el ambiente no opera de manera independiente al ser humano. Es cada vez más evidente que cualquier intento de conceptualizar ambos elementos de forma dissociada tiene consecuencias catastróficas reales, como se evidencia cada día⁶.

La creciente politización de lo ecológico va de la mano de un aumento de distintas formas de activismo. La ecología política puede definirse, de hecho, como el activismo social y político de aquellos movimientos que cuestionan la injusticia y desigualdad en el acceso a los recursos naturales, generalmente vinculados a una larga tradición de conflictos sociales emancipatorios. Se trata de movimientos tanto rurales como urbanos que se oponen a las lógicas de explotación, incluso cuando no siempre son conscientes de que es esto lo que están haciendo —lo que se conoce como el “ambientalismo de los pobres” (Martínez-Alier, 2002)—. Uno de los principales intereses de la ecología política es la (re)politización del espacio, más concretamente, “la distribución ecológica de los conflictos” o EDCs (por sus siglas en inglés), que se refiere a los conflictos sociales que surgen de la distribución desigual e injusta de los beneficios y costos ambientales (Martínez-Alier & O’Connor, 1996; Scheidel, Temper, Demaria, & Martínez-Alier, 2018)⁷.

Activismo y ficción. Cuerpo y afectividad como estructuras narrativas y potencia política

Al hablar de crisis ecosocial y política el rol del activismo es capital en la visibilización del conflicto climático y la toma de conciencia. Este ha sabido capitalizar el trinomio narración-afectividad-política como herramienta fundamental en sus estrategias de comunicación en lucha contra el cambio climático (Eide & Kunelius, 2021). La activista climática sueca Greta Thunberg se hizo mundialmente conocida —entre otras cosas— por una retórica activista que hacía de ese trinomio un principio básico de su argumentación. Son clásicos

⁶ Lamentablemente, no es necesario retrotraerse demasiado para encontrar ejemplos como las crecientes muertes por aumento de temperatura, fenómenos climáticos extremos cada vez más frecuentes como la DANA en Valencia, o los incendios forestales en Chile o en el Amazonas, eventos catastróficos a los que el cambio climático nos expone cada vez más y de los que ya se cobra cientos de víctimas mortales.

⁷ Para un ejemplo, véase el EJAtlas - Global Atlas of Environmental Justice: <https://ejatlas.org/> *Diablotexto Digital* 16 (diciembre 2024), 60-85



su *shame* (“debería daros vergüenza”), su *I want you to panic* (“quiero que entréis en pánico”) o *How dare you?* (“¿cómo os atrevéis?”), todas apelaciones directas en una confrontación interpersonal, que procura explotar el potencial político de distintas emociones (Hesse, 2019).

En el caso del climático, además, se suma el papel que desempeña la articulación del lenguaje artístico como herramienta fundamental de su comunicación y estrategia política. También conocido como “artivismo”, la vinculación entre arte y activismo se da en una doble vertiente: por una fuerte tendencia a lo performativo y por una recurrente intervención sobre obras canónicas a modo de protesta (Lavery, 2016). Al arrojar sopa a la Mona Lisa⁸, el activismo climático desafía el statu quo del arte canonizado e “intocable”, proponiendo otra lectura contrahegemónica, una forma viva y performática cuya función es movilizar, provocar, escandalizar, en suma, activar un arsenal de emociones cuya potencia política se pretende explotar. Llámase a esa acción arte o no, lo fundamental es que el activismo climático ha hecho de la contraposición y choque de relatos una herramienta fundamental en su lucha.

Podríamos sintetizar las claves de este activismo climático en tres: el esfuerzo por construir relatos alternativos que contraponen visiones del mundo enfrentadas; la importancia de poner el cuerpo en la lucha (fuertemente ligada a la espacialidad del conflicto y el sentido de ocupación); y un fuerte énfasis en la articulación del conflicto mediante el uso de distintas emociones y una determinada afectividad anclada espacialmente. Con el activismo, la literatura comparte claramente dos de estos tres elementos: la lucha en la construcción de un relato alternativo y la articulación de las emociones en la comunicación climática. ¿Pero cómo se articula ese tercer elemento clave del activismo en las narrativas de ficción?

El activismo supone la ocupación del espacio y la ruptura de un cierto tipo de mediación (pongamos por caso la político-representativa) para recuperar el lugar de enunciación de manera directa y renegociar otras formas de sentido no institucionalizado. Aunque la ficción es por definición una mediación, aquella

⁸ Véase Slow, Oliver (2024, 28 ene). “Mona Lisa: Protesters throw soup at da Vinci painting”. BBC News: <https://www.bbc.co.uk/news/world-europe-68121654>



que, además, elige de forma deliberada separarse de la realidad, podemos encontrar en algunas formas de la ficción espectacular una copresencia de artista(s) y espectador(es) —como el teatro o la performance— que podrían entenderse como más próximas al rol del activismo. Pero ¿qué activismo cabe a las demás formas de ficción como la novela, paradigma del arte burgués, relato individual, por definición, tanto en producción como en recepción?

Aun no tratándose del modelo más obvio de ficción para el activismo, al menos en su formato más tradicional —incluso porque su extensión no ayuda a una difusión más dinámica—, la novela puede revelarse como espacio idóneo para poner sobre la mesa las contradicciones entre formas burguesas de producción y consumo, y la reformulación de marcos de sentido alternativos. En cierto modo, la novela permite desarrollar historias más complejas, en sintonía con la naturaleza del propio conflicto. Si recordamos que “lo político” en la ficción no puede entenderse como la mera representación de un conflicto a nivel diegético, sino que debe haberlo también a nivel (macro)textual, es esencial entender que la narratividad como dispositivo cognitivo desempeña un papel fundamental en la capacidad de procesamiento del conflicto. Tal vez esto explique una cierta eclosión y proliferación de formas de la ficción ecológica o climática más extensas, más allá del filme o el relato breve, como lo son las series (en formato multimedia) o la novela (en formato textual).

Las crisis tienden a propulsar la generación de relatos, sea etiológicos —remediales— sea anticipatorios —premediales— (Grusin, 2010), y la climática no es una excepción. Es indudable que la pandemia de COVID-19 sirvió para reactivar una cierta necesidad por premediar escenarios apocalípticos similares, lo que vincula a las narrativas víricas con las climáticas (las llamadas vi-fi y cli-fi, respectivamente). Obras como *Mugre rosa* (2020) de la uruguaya Fernanda Trías, o *La infancia del mundo* (2023) del argentino Michel Nieva, son claros ejemplos de esta convergencia. Así, la proliferación y el interés por el subgénero de la ficción climática puede responder a esta necesidad de participación en el conflicto por parte de creadores, que se ve refrendada por una explosión e interés equivalentes a nivel de la recepción. No sorprenderá que un género mayoritariamente colonizado desde el mundo anglosajón (y al decir género



decimos también imaginación) haya comenzado a abrir sus puertas a otras formas de conceptualización del conflicto desde otras perspectivas culturales y lingüísticas, proponiendo cosmovisiones alternativas. En el mundo de las grandes plataformas tenemos ejemplos de ficciones anglocéntricas como *The Last of Us* en HBO Max frente a alternativas del sur global, como la brasileña *3%* de Netflix, en que la distopía se apoya menos en mundos futuristas imaginarios para hacer visibles escenarios fácilmente reconocibles donde, por ejemplo, la distinción costa-favela, de ciudades como Río de Janeiro, se reproduce en clave de futuro distópico, aquí presentadas como “el Continente” y “el Maralto”, (re)politizando así la trama⁹.

Así, podemos observar cómo a la forma de la ficción climática que aún se apoya en el antiguo relato cientificista de acumulación y progreso, comienzan a oponerse otras formas de conceptualización alternativas, incluidos relatos o cosmovisiones no noroccidentales, que pueden entenderse como políticas en tanto permiten una desnaturalización, desplazamiento y distribución del conflicto alternativos. Estas, como marcos disruptivos del relato hegemónico, son lo que Bonvalot (2017) denomina “ficciones del Antropoceno”, y formarían parte de esa transición a la que hacemos mención y que supone un cambio de paradigma discursivo.

Por último, si algo caracteriza al activismo climático en la contraposición y construcción de relatos alternativos es el poner en valor la función política de las emociones en la lucha contra el cambio climático. No solo a través de redes de solidaridad que se mueven a partir de la empatía, la esperanza o la confraternidad, por ejemplo, sino también en la articulación de emociones menos positivas como el miedo, la ira, la desesperanza como elementos que pueden ayudar en la promoción de actitudes proambientales y acciones positivas (Mackey, 2018).

El concepto de “ecología política emocional”, (Sultana, 2015) pone de relieve el papel de las emociones en la politización de las subjetividades y las acciones, ya sea fomentándolas o dificultándolas (González-Hidalgo & Zografos,

⁹ Tampoco es un dato menor que Netflix apostara por una ficción distópica como su primer contenido original en portugués.



2020). También pone el énfasis en la comprensión de “lo político” como una capacidad inestable y negociada, influida por diversas dimensiones emocionales y múltiples formas de relación con la naturaleza.

Este giro afectivo permea los discursos sobre la crisis climática cada vez más, al punto de que se vuelve parte estructurante de estas visiones de mundo o (macro)relatos. De allí, por ejemplo, la brecha generacional que puede observarse en el activismo climático, donde gran parte de la juventud se siente defraudada o no confía en las generaciones precedentes. Estas emociones configuran visiones de mundo enfrentadas y son marcos de sentido operativos cuando se trata de procesar la crisis: la brecha generacional no deja de ser una brecha discursiva, lo mismo que brechas de género u otras (Clayton, Pihkala, Wray, & Marks, 2023; Thomas et al., 2024).

El discurso científico también va incorporando la afectividad a su matriz discursiva e interpretativa, donde las emociones se interpretan como herramientas válidas para la indagación (Escobar, 2014)¹⁰. Pero, además, la dimensión de la presente crisis ecosocial ha supuesto la aparición de nuevas emociones y patologías para las que no hay tan siquiera nombre: hablamos de nuevos términos como “ecoansiedad”, “solostalgia”, “ecofatiga”, “depresión climática” (Pihkala, 2022).

Por consiguiente, la necesidad de relatos a la que nos referíamos antes puede entenderse incluso como una respuesta psicosocial a la ansiedad climática que genera la crisis. Así, puede observarse en los creadores de ficción una preocupación cada vez más explícita por contribuir a los conflictos sociales —a la “realidad”— a partir de la ficción. Las emociones permean el discurso y lo moldean —lo que no es nada nuevo en el ámbito artístico— pero la dimensión política de la afectividad es, sin lugar a duda, un rasgo sobresaliente de este activismo.

¹⁰ Esta necesidad de reconexión más holística se aprecia también en un trabajo cada vez más interdisciplinar refrendado por múltiples organismos de investigación y financiación que requieren con más frecuencia la conformación de equipos multidisciplinares o interdisciplinares como requisito básico para la presentación de solicitudes sobre el tema, incluyendo las humanidades. Véanse llamados de organismos internacionales como Horizon Europe (Cluster 5: Climate, Energy and Mobility), LIFE Programme, UKRI o NERC en el Reino Unido o Proyectos de Generación de Conocimiento de la Agencia Estatal de Investigación (AEI), adscrita al Ministerio de Ciencia e Innovación de España, entre otros.



Potencia política de las emociones y formas de distribución de la afectividad

A continuación, señalaremos de qué manera algunas narraciones ficticias sobre el cambio climático se articulan a partir de determinadas emociones y formas de afectividad para hacer de ellas su principal potencia política. Nos centraremos en la noción de espacio en el entendido de que la crisis climática es, antes que nada, una crisis de habitabilidad y, por ende, el espacio —en sentido amplio— el sitio donde mejor o más claramente se articula el conflicto. A partir de un par de ejemplos representativos del sur y norte global, indagaremos en la explotación de diferentes emociones como potencia política. Trabajaremos la ecoficción en español entendiendo la lengua como locus identitario afectivo y como espacio discursivo alternativo frente al relato ecofictivo dominante, de tradición anglófona.

Decíamos que la función política de la literatura tiene que ver con formas de distribución de lo sensible. La noción de distribución nos interesa especialmente pues nos permite vincular la noción de relato, narración y marco de sentido con la función política de la ficción climática como distribución desigual del conflicto. En este sentido, entenderemos la ficción como un doble espacio de antagonismos: el que se presenta de modo ideacional como parte de la diégesis, pero también, y muy especialmente, el que ocurre a nivel textual, donde el texto mismo se presenta y propone como lugar alternativo para marcos de sentido o (macro)relatos otros; hablamos de la conceptualización narrativa del espacio como marco y arco —(m)arco— de sentido en base a emociones simples y complejas.

La potencia política de la ficción y su vínculo con las emociones y afectividad tiene mucho que ver con la capacidad de las narraciones de hacer de las emociones (m)arco narrativo. Si esto es cierto para cualquier narración (Vellman hablaba de la “cadencia emotiva” de los relatos; su capacidad de articular una historia en base a emociones para hacerla significativa y relevante), lo es todavía más para la ficción que, una vez liberada de la tiranía de la referencialidad y de los principios de verdad, puede permitirse crear mundos alternativos; mundos posibles que funcionen como hipótesis capaces de



movilizar emociones de distinta naturaleza. Si entendemos con Velleman (2003) que las narraciones se proponen la resolución emotiva del conflicto, entenderemos rápidamente cómo cualquier relato ficticio tiene la capacidad de utilizar el potencial político de esas emociones.

La comunicación climática ha explorado el poder movilizador de emociones negativas como la vergüenza, la frustración, el miedo o la desesperanza en la lucha contra el cambio climático. También el poder desmovilizador de emociones positivas como la esperanza. Y viceversa. Lo que es un hecho es que el efecto movilizador aumenta cuanto más se relaciona la crisis climática con la realidad cercana —ya hablemos de cercanía espacial o afectiva—. Es decir, elementos como la percepción del riesgo y el valor de lo local son fundamentales en la activación de normas y valores proambientales (Bilandzic & Sukalla, 2019). A esto debemos añadir el hecho de que la activación de esas normas proambientales aumente —y se mantenga en el tiempo— cuando el conflicto se presenta de manera contextualizada y se dan respuestas o soluciones posibles (alternativas) al mismo (Bieniek-Tobasco et al., 2019; Bilandzic & Sukalla, 2019).

De allí que en esta breve conceptualización de la ecoficción política nos interese delinear dos aspectos fundamentales. El primero tiene que ver con la espacialidad referencial, geográfica y emotiva en estas ficciones; es el rol de lo que se ha dado en denominar lo “glocal” que permite a estas ficciones funcionar entre la activación del género distópico en general y lo específicamente local, donde, insistiremos, se produce realmente la activación político-afectiva. Aquí es fundamental considerar la diferencia entre distancia afectiva y distancia geográfica. El segundo punto tiene que ver con la especificidad de lo literario: el texto como espacio de antagonismo, y su articulación en base a emociones; lo que hemos denominado los (m)arcos afectivo-narrativos que permiten articular un relato alternativo más complejo que el clásico binomio miedo-esperanza (como simple resolución y alivio), sobreexplotado, además, desde un punto de vista genérico.



El valor de lo local: el espacio como afectividad anclada

Una de las principales características de esta narrativa ecológica o ecoficciones es su capacidad de combinar al mismo tiempo lo local —de donde se desprende esa afectividad que denominamos “anclada”— con escenarios distópicos más próximos a las convenciones genéricas y que permiten que estos relatos se articulen, a la vez, sobre dos lógicas no excluyentes. Cierto es que la potencia política se reduce muchísimo a mayor distancia de lo local, pero el relato —y sus (m)arcos— pueden continuar operando.

Una característica como esta explica, a mi entender, que una novela como la de la uruguaya Fernanda Trías, *Mugre rosa* (2020), acabe siendo traducida a más de siete idiomas, aun cuando ocurra en la ignota y remota —al menos a escala global— ciudad de Montevideo. Esta no se nombra de manera explícita en ningún momento, pero es fácilmente identificable a través de múltiples referencias espaciales, aun cuando muchos de los nombres de algunas localizaciones son alterados (todos los topónimos de la novela, por ejemplo). Ahora bien, es indiscutible que, para un lector capaz de leer las referencias en clave personal, la novela tendrá una resonancia afectiva —y por ende política— mucho mayor. Por ejemplo: el desplazamiento de la costa al que obliga la peste, puesto que llega por mar, supone una reubicación de la población en zonas no costeras del país, el denominado “interior”. Aparte de la migración como redistribución espacial, no hay referencias a las implicaciones de este desplazamiento o qué supone la ocupación de los diversos espacios. Sin embargo, un lector familiarizado con la geografía socioeconómica de la ciudad sabrá leer en las consecuencias a las que obliga la peste la inversión del valor asignado a la geografía montevideana, donde la costa representa el lugar más afluyente frente a zonas más pobres del interior del país. Es decir, el conocimiento de lo local acrecienta la politización de la novela mediante el vínculo afectivo, pues el desplazamiento de la población tiene consecuencias políticas de primer orden en el de desalojo de las clases menos privilegiadas por parte de las más pudientes. La distinción costa-interior opera de manera política en el momento



en que se activa un conocimiento directo del medio —su cercanía física— y su proximidad afectiva.

Como ejemplo de narrativa del norte global con una perspectiva más noroccidental, podemos pensar en el caso del español Isaac Rosa, cuya última novela, *Lugar seguro* (2022), juega con un recurso análogo al utilizado por Trías. La primera similitud la encontramos en la presentación del espacio: una ciudad a la que tampoco se refiere con nombre propio, pero con referencias que permiten identificarla de manera más o menos explícita como Madrid. La ausencia de nombre obliga aquí también a un conocimiento “anclado” del espacio y a una memoria (e imaginación) emotivas. Por lo demás, ese “Madrid” podría ser cualquier lugar. La novela recurre al género de la distopía para activar esquemas de lectura que son ecológicos, como la presentación de zonas suburbanas de las afueras de la ciudad que pueden recordar a escenarios posapocalípticos (especialmente tirando de imaginación y *topoi* genéricos). Sin embargo, en puridad, es difícil calificar a esta novela como “distópica”, pues estos escenarios no son radicalmente diferentes a realidades muy contemporáneas, por más que puedan permanecer ajenas para gran parte de la población. Los escenarios “distópicos” que presenta la novela, como el denominado “Sector Sur” a donde han sido desplazadas las clases más bajas de la sociedad, sirven para recordar formas de exclusión espacial mucho más presentes que futuras¹¹. Conocer la geografía solo redundará en el valor político de una novela que juega con una noción ambivalente de extrarradio, por ejemplo, permitiendo interpretar el conflicto también como forma de desplazamiento y redistribución política, donde las redes de solidaridad ecológicas que encarnan los llamados (despectivamente) “botijeros”, desafían el discurso hegemónico marcadamente individualista.

Ambos relatos activan dispositivos ecológicos de distribución asociados a desigualdades sociales. El caso latinoamericano activa el marco costa-

¹¹ Es difícil no pensar al leer la novela en realidades como la de la Cañada Real de Madrid, villa miserias, favelas u otras formas de asentamientos informales similares, en el norte y sur globales.



interior¹², una distribución que remite inexorablemente a formas de ocupación colonial en América, poniéndolo así sobre la mesa y desnaturalizando el vínculo, es decir, volviéndolo político, mientras que el europeo activa en el imaginario el binomio norte-sur también asociado a formas de distribución política y afectiva que la novela desestabiliza y desafía.

(M)arcos afectivo-narrativos: imaginación ecológica y afectividad distribuida

La distribución espacial del conflicto, sin embargo, debe ser entendida en el discurso artístico-literario desde una perspectiva diferente, que no se encuentre solo anclada en la referencialidad de la ficción. Así, si en el apartado anterior nos enfocábamos en el trabajo diegético del espacio y su vínculo referencial afectivo como forma de estimular la potencia política de la narración, en este nos ocuparemos más específicamente de la distribución del conflicto en el texto como espacio discursivo y de una forma de afectividad que denominaremos “distribuida”. Por supuesto que para considerar una ficción ecopolítica será necesaria una cuota de referencialidad que la vincule al conflicto ecosocial. Podríamos decir que se trata de una cuestión de énfasis entre referencialidad y función textual: en el apartado anterior el hincapié estaba puesto en la referencialidad del conflicto —aunque claramente mediada por la discursividad artístico-fictiva— mientras que aquí el énfasis recae sobre la discursividad y las estrategias de contravención de relatos dominantes a partir de formas de afectividad distribuida en (m)arcos de sentido específicos para la ficción ecológica.

Decíamos que uno de los principales problemas de la crisis climática es la imposibilidad de pensarla, de conceptualizarla y de procesarla en toda su dimensión, pues supone un esfuerzo afectivo, cognitivo y psíquico inmenso. Se trata de una tarea que no solo requiere conocimiento sino también imaginación, puesto que supone especular sobre el futuro a partir de un cierto entendimiento

¹² Otras novelas rioplatenses como *Un pianista de provincias* (2022) de Ramiro Sanchiz o *La infancia del mundo* (2022) de Michel Nieva también explotan esta geografía socioeconómica latinoamericana de manera marcadamente política.



del presente. De aquí se desprenden dos elementos fundamentales para la comprensión de la dimensión política de las narrativas climáticas de ficción. El primero de ellos es el potencial que tiene la ficción de permitir articular ese todo complejo a partir de una matriz narrativa de sentido; el segundo, la capacidad especulativa que permite explorar esas dimensiones de futuro. En este sentido, podríamos decir que mientras puede que no exista nadie que no *piense* en el futuro, la capacidad de *imaginarlo* —o no— es una cuestión eminentemente política. Esto es, la distribución de horizontes de expectativas se vincula directamente con cuestiones de poder y desigualdad, del mismo modo que lo hace el reparto de la imaginación como herramienta fundamental para conceptualizar el futuro. Su ausencia es eminentemente despolitizadora, pues condiciona los marcos de acción de individuos y sociedades enteras.

En este sentido, es particularmente interesante que muchas de estas obras se propongan precisamente atender contra el esquema “enlatado” de las ecoficciones que trabajan sobre el arco narrativo que va del miedo a la esperanza como emoción simple. Si por algo se caracteriza la literatura ecofictiva que aquí denominamos “política” es por proponer arcos narrativos que operan en base a emociones menos comúnmente exploradas. La proliferación de narrativas, por ejemplo, con una focalización no humana que proponen formas híbridas nativas y perspectivas descentralizadoras es sumamente interesante, y pone en evidencia una forma de empatía entre lo humano y lo más que humano que permite otros marcos de sentido afectivo para el procesamiento del conflicto, y puede trabajar a partir de emociones complejas —como la empatía—. Son ejemplos de esto obras como *La mirada de las plantas* (2022) de Edmundo Paz Soldán o *Chamanes eléctricos en la fiesta del sol* (2024) de Mónica Ojeda. Es curioso —que no casual— que este tipo de relatos provengan en su mayoría del ámbito hispanoamericano donde puede percibirse un retorno y esfuerzo decolonial en la reivindicación de epistemologías no noroccidentales. También es curioso —no casual— que en el caso del Estado español una de las primeras novelas en articular estos recursos narrativo-afectivos provenga de una de sus naciones “periféricas” con la novela de Irene Solà *Canto jo i la muntanya balla* (2019).



Mientras que muchos de los arcos narrativos se apoyan en la empatía como primera emoción compleja, es interesante la experimentación formal de Rosa en su *Lugar seguro* como suerte de “antinovela” ecopolítica. El cinismo y la degradación moral de su narrador-protagonista ponen al lector en guardia desde la primera página. La novela comienza así a trabajar un arco narrativo —arriesgado— en el que las emociones que conducen el relato se presentan siempre en negativo. El lector gana así una “altura moral” con relación al narrador que podría hacernos pensar en una desactivación de las normas por ausencia total de simpatía. Pero cuando el lector se ha distanciado completamente afectiva y moralmente, Rosa lo deja caer con maestría, al enfrentarlo a sus propias contradicciones cuando de repente el lector se ve reflejado en afirmaciones de un cínico sin escrúpulos, y se establece una forma de empatía incómoda e involuntaria —indeseada— que hace reflexionar sobre los propios posicionamientos y actitudes frente a la crisis climática¹³.

Será difícil pues encontrar narrativas políticas dispuestas a conducirnos del miedo a la esperanza-alivio, entendida esta aquí como resolución definitiva y satisfactoria del conflicto. En contraposición, la (verdadera) esperanza, como emoción compleja, supone siempre una necesidad prospectiva de futuro, un plan y una voluntad de acción y agencia (Kelsey, 2020) que, por definición, no puede clausurar el conflicto como suele proponer la ficción dominante en la que tal resolución parecer tender a ser su objetivo último. En contraposición, la ecoficción política no cierra nunca el arco narrativo del conflicto, que permanece latente. Si bien esto no supone, necesariamente siempre, una forma de esperanza, deja la puerta abierta a cuestionamientos de formas discursivas y políticas del presente, y llama a la reflexión-acción como forma de activación de normas proambientales. La activación de la norma y la agencia son dos principios que están mucho más cerca de la resolución del conflicto que el cierre en falso, y despolitizador por antonomasia.

¹³ Ejemplos interesantes de formas complejas de emociones o (m)arcos de empatía-antipatía pueden encontrarse en el libro de relatos *Estío. Once relatos de ficción climática* (2018), otro ejemplo de narraciones del norte global en español.



Apuntes finales

¿Puede la literatura ecofictiva darse el gusto de no ser política? La respuesta simple es “no”. Es evidente que la presente crisis ecosocial exige una profunda transformación en la forma en que comprendemos y nos relacionamos con el mundo. En este contexto, la ficción climática y la ecológica tienen la capacidad de desempeñar un papel crucial para la exploración del conflicto ambiental y la construcción de marcos de sentido alternativos más allá de las convenciones genéricas. La ficción política será aquella que no renuncie a señalar el conflicto y proponer alternativas, las más de las veces no en forma de consejos prácticos referenciales y miméticos sino por el contrario, desafiando los límites de una imaginación colonizada que permita pensar de manera lúdica, creativa e inconformista soluciones para una crisis que ya está aquí. En este sentido, imaginar el futuro es una acción militante del presente, pues supone un compromiso político frente a la inequidad, injusticia y reparto desigual material pero también —y sobre todo— simbólico.

A través de la experimentación formal y la exploración de nuevas formas de afectividad, las narrativas climáticas nos invitan a imaginar un futuro más allá de los horizontes de expectativas establecidos, a incidir en él, movilizar conciencias y promover la acción colectiva. La ficción climática en español se erige como un espacio político bien posicionado para la resistencia, por el propio desplazamiento genérico-lingüístico y la proliferación de narrativas del sur global, desde las que proponer una imaginación y epistemologías más justas y sostenibles.

La ficción es, además, un lugar privilegiado para capitalizar y movilizar emociones y formas de afectividad que puedan promover una comprensión y un cambio actitudinal sostenidos en el tiempo, no como meros relatos anecdóticos, sino como verdaderos marcos de sentido para la acción colectiva. Lejos de la dicotomía tradicional entre el miedo y la esperanza (como emoción simple, alivio), las narrativas climáticas políticas se adentran en la complejidad de las emociones humanas, articulando nuevas formas de resistencia y activismo, y desactivan vínculos naturalizados, incluida la afectividad enlatada. En este sentido proponíamos entender el espacio de la novela (ficción) climática a partir



de dos lógicas con potencial político: la afectividad “anclada” de manera referencial como forma de activación del vínculo político-afectivo, y “distribuida” de manera textual como poder del texto de conducir al lector por derroteros afectivos ocultos o inexplorados en base a (m)arcos narrativos que puedan funcionar como esquemas interpretativos.

La ficción no puede “poner el cuerpo” como el activismo. Incluso en formas fictivas como las artes escénicas, el cuerpo no deja nunca de ser mediación, lenguaje y relato de una diégesis “encarnada”. Pero la militancia de la ficción reside en otro lado. Su función política es la de “poner el texto” como verdadero cuerpo —espacialidad y territorio— de la lucha por el relato, que no es sino la lucha por cómo queremos —y podemos— imaginarnos a partir de otros futuros.

BIBLIOGRAFÍA

- AHMED, Sara (2004). *The cultural politics of emotion*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- AUGÉ, Anaïs (2023). *Metaphor and Argumentation in Climate Crisis Discourse*. Oxford: Routledge.
- AYETE GIL, María (2023). *Ideología, poder y cuerpo. La novela política contemporánea*. Manresa: Bellaterra Edicions.
- BADIOU, Alain (2004). *Handbook of Inaesthetics*. Stanford: Stanford University Press.
- BONETE, María *et al.* (2018). *Estío. Once relatos de ficción climática*. Madrid: Episkaia.
- BIENIEK-TOBASCO, Ashley; MCCORMICK, Sabrina *et al.* (2019). “Communicating climate change through documentary film: imagery, emotion, and efficacy”. *Climatic Change*, vol. 154, n.º 1, pp. 1-18.
- BILANDZIC, Helena; SUKALLA, Freya (2019). “The Role of Fictional Film Exposure and Narrative Engagement for Personal Norms, Guilt and Intentions to Protect The Climate”. *Environmental communication*, vol. 13, n.º 8, pp. 1069-1086.
- BONNEUIL, Christophe; FRESSOZ, Jean-Baptiste (2013). *L'Évènement Anthropocène, la Terre, l'histoire et nous*. París: Le Seuil.
- BONVALOT, Anne-Laure (2017). “La guerra de los mundos en algunas ficciones del Antropoceno: agonística ambiental y poéticas de la habitabilidad”. *Ecozon@*, Vol. 8, n.º 1, pp. 98-112.
- CLAYTON, Susan D.; PIHKALA, Panu *et al.* (2023). Psychological and Emotional Responses to Climate Change among Young People Worldwide: Differences Associated with Gender, Age, and Country. *Sustainability*, vol. 15, n.º 4.
- CLOUGH, Patricia Ticineto; HALLEY, Jean *et al.* (2007). *The Affective Turn: Theorizing the Social*. Durham: Duke University Press.



- CRUTZEN, Paul J. (2006). The “Anthropocene”. En Eckart Ehlers & Thomas Krafft (eds.), *Earth System Science in the Anthropocene*. Berlín: Springer Berlin Heidelberg, pp. 13-18.
- CRUTZEN, Paul; STOERMER, Eugene (2000). “The ‘Anthropocene’”. *The International Geosphere–Biosphere Programme Newsletter*, 41, pp. 17-18.
- EIDE, Elisabeth; KUNELIUS, Risto (2021). “Voices of a generation the communicative power of youth activism”. *Climatic Change*, vol. 169, n.º 1-2.
- ESCOBAR, Arturo (2014). *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: UNAULA.
- ESTOK, Simon C.; CHRISTMAN, Sophie (2018). *The ecophobia hypothesis*. Nueva York: Routledge.
- GONZÁLEZ-HIDALGO, Marien; ZOGRAFOS, Christos (2020). “Emotions, power, and environmental conflict: expanding the ‘emotional turn’ in political ecology”. *Progress in human geography*, vol. 44, n.º 2, pp. 235-255.
- GREEN, Melanie C.; STRANGE, Jeffrey J *et al.* (2002). *Narrative Impact: Social and Cognitive Foundations*. Oxford: Psychology Press.
- GREGG, Melissa; SEIGWORTH, Gregory J. (2010). *The affect theory reader*. Durham, Carolina del Norte: Duke University Press.
- GRUSIN, Richard A. (2010). *Premediation: affect and mediality after 9/11*. Basingstoke, Inglaterra: Palgrave Macmillan.
- HENDERSSON, Heidi; WAMSLER, Christine (2020). “New stories for a more conscious, sustainable society: claiming authorship of the climate story”. *Climatic Change*, vol. 158, n.º 3, pp. 345-359.
- HESSE, Monica (2019, 25 de septiembre). “Greta Thunberg weaponized shame in an era of shamelessness”. *The Washington Post*. Disponible en: <https://www.washingtonpost.com/lifestyle/style/greta-thunberg-weaponized-shame-in-an-era-of-shamelessness/2019/09/25/66e3ec78-deea-11e9-8dc8-498eabc129a0_story.html> [Fecha de consulta: 9 de noviembre de 2024].
- HUGGAN, Graham (2019). “Editorial”. *Green letters*, vol. 23, n.º 1, pp. 1-4.
- HULME, Mike (2009). *Why we disagree about climate change: understanding controversy, inaction and opportunity*. Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press.
- HULME, Mike (2022). *Climate Change*. Londres: Routledge.
- JOHNSON, Hollie (2018). *The Ecocidal Imagination: Dystopian Fiction in an Era of Environmental Crisis*. Tesis doctoral. University of Nottingham, Disponible en: <<https://eprints.nottingham.ac.uk/55420/>> [Fecha de consulta: 21 de junio de 2024].
- KELSEY, Elin (2020). *Hope Matters: Why Changing the Way We Think Is Critical to Solving the Environmental Crisis*. Vancouver, Canadá: Greystone Books.
- LACLAU, Ernesto; MOUFFE, Chantal (2001). *Hegemony and socialist strategy: towards a radical democratic politics* (2.ª ed.). Londres: Verso.



- LAKOFF, George; WEHLING, Elisabeth (2016). *Your brain's politics : how the science of mind explains the political divide*. Exeter, Inglaterra: Imprint Academic.
- LATOUR, Bruno; PORTER, Catherine (2013). *An inquiry into modes of existence: an anthropology of the moderns*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- LATOUR, Bruno; PORTER, Catherine (2017). *Facing Gaia: Eight lectures on the new climatic regime*. Cambridge, Inglaterra: Polity.
- LAVERY, Carl (2016). "Introduction: performance and ecology - what can theatre do?". *Green letters*, vol. 20, n.º 3, pp. 229-236.
- LÓPEZ-TERRA, Federico (2015). *El sujeto difuso. Análisis de la socialidad en el discurso literario*, vol. 81. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).
- MACKEY, Allison (2018). "Guilty Speculations: The Affective Climate of Global Anthropocene Fictions". *Science Fiction Studies*, vol. 45, n.º 3, pp. 530-544.
- MALAFOURIS, Lambros; KNAPPETT, Carl (2008). *Material Agency: Towards a Non-Anthropocentric Approach* (1ª ed.). Nueva York: Springer-Verlag.
- MARTÍNEZ-ALIER, Joan (2002). *The Environmentalism of the Poor: A Study of Ecological Conflicts and Valuation*. Cheltenham: Edward Elgar.
- MARTÍNEZ-ALIER, Joan; O'CONNOR, Martin (1996). "Ecological and Economic Distribution Conflicts". En Robert Costanza, Joan Martinez-Alier, & Olman Segura (eds.), *Getting Down to Earth: Practical Applications of Ecological Economics*. Washington DC: Island Press/ISEE.
- MORTON, Timothy (2013). *Hyperobjects: philosophy and ecology after the end of the world*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- NIEVA, Michel (2023). *La infancia del mundo*. Barcelona: Anagrama.
- OJEDA, Mónica (2024). *Chamanes eléctricos en la fiesta del sol*. Madrid: Random House.
- PAZ SOLDÁN, Edmundo (2022). *La mirada de las plantas*. Madrid: Almadía.
- PIHKALA, Panu (2022). "Toward a Taxonomy of Climate Emotions". *Frontiers in climate*, vol. 3. Disponible en: <https://doi.org/10.3389/fclim.2021.738154> [Fecha de consulta: 15 de septiembre de 2024].
- PRADANOS, Luis I. (2018). *Postgrowth imaginaries: new ecologies and counterhegemonic culture in post-2008 Spain*. Liverpool: Liverpool University Press.
- PRADANOS, Luis I. (2023). *A companion to Spanish environmental cultural studies*. Woodbridge, Suffolk: Tamesis.
- ROSA, Isaac (2022). *Lugar seguro*. Barcelona: Seix Barral.
- SANCHIZ, Ramiro (2022). *Un pianista de provincias*. Montevideo: Penguin Random House.
- SCHEIDEL, Arnim; TEMPER, Leah et al. (2018). "Ecological distribution conflicts as forces for sustainability: an overview and conceptual framework". *Sustainability science*, vol. 13, n.º 3, pp. 585-598.
- SCHMITT, Carl (1932). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial.
- SEZGIN, Toska (2024). "Affective Ecocriticism: From Environmental Crisis to the Crisis of Environmentalism". *Folklor/Edebiyat*, vol. 30, n.º 119, pp. 829-856.



- SKRIMSHIRE, Stefan (2010). *Future Ethics. Climate Change and Apocalyptic Imagination*. Londres - Nueva York: Bloomsbury.
- SLOW, Oliver (2024, 28 de enero). Mona Lisa: Protesters throw soup at da Vinci painting. *BBC News*. Disponible en: <<https://www.bbc.co.uk/news/world-europe-68121654>> [Fecha de consulta: 15 de septiembre de 2024].
- SOLÀ, Irene (2019). *Canto jo i la muntanya balla*. Barcelona: Llibres Anagrama.
- SULTANA, Farhana (2015). "Emotional political ecology". En Raymond L. Bryant (ed.), *The International Handbook of Political Ecology*. Cheltenham: Edward Elgar, pp. 633-645.
- THOMAS, Merryn; SORVALA, Laura *et al.* (2024). "Co-creating a climate comic book: reflections on using comics in intergenerational research and engagement". *Journal of Global Ageing*, vol. 1, n.º 2, pp. 219-237.
- TRÍAS, Fernanda (2020). *Mugre Rosa*. Bogotá: Penguin Random House.
- VELLEMAN, J. David (2003). "Narrative explanation". *Philosophical Review*, vol. 112, n.º 1, pp. 1-25.
- WITZE, Alexandra (2024). "Geologists Reject the Anthropocene as Earth's New Epoch, After 15 Years of Debate". *Nature*, vol. 627, pp. 249-250.